

50
c/s

EDICIONES
IDEALES

EN LA GLORIA

CHESTER
MORRIS

HELEN
TWELVETREES

EDICIONES IDEALES

— DE —

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis **Ediciones BISTAGNE BARCELONA**

Año I

Número 24

EN LA GLORIA

Intenso melodrama, interpretado por CHESTER MORRIS,
HELEN TWELVETREES, ALICE WHITE y 14
notables artistas más.

Es un film **UNIVERSAL**



Distribuido por

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Argumento narrado por el Dr. F. Jiménez

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTA ES UNA PELÍCULA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76307

En la gloria

Argumento de la película

En la pequeña aldea de Masonville, en el Estado de Nueva York, una familia compuesta de matrimonio y tres vástagos, vive vida plácida y romántica. La componen: el reverendo Gloves, un pastor de la iglesia protestante, con su esposa Hymie, ambos entre los 50 y los 55 años más sus dos hijos John y Bud, de 30 y 25 años, respectivamente, y Lillian, su hermana, de 22 años.

Mientras los esposos Gloves se esfuerzan por educar a sus hijos en los principios de la doctrina de Cristo, John, que es el orgullo del matrimonio, lucha en vano con sus padres por sentar la cabeza a Bud y contener las ansias de libertad de Lillian. Y es tan bueno el Reverendo Gloves, que con frecuencia sale en defensa de los "disidentes", evitando las disputas familiares, siempre que le es posible; sólo que Bud da motivos más que suficientes para rebelarse contra él, a pesar de lo noble y franco que es, según su propio padre acostumbra decir.

Así la noche en que da comienzo esta historia y al preguntar mamá Hymie si Bud y Lillian habían llegado, John respondió:

—¡Todavía no han venido!... ¡Como siempre!

—Bud me dijo que llevaría a Lillian al cine... ¡Son jóvenes! —repuso el Reverendo saliendo en defensa de ellos.

—Para usted, papá, no hacen nunca nada malo—le objetó John—. Por mí que se diviertan. Ya sé que ni Bud ni Lillian no harán nada malo, pero tampoco veo la necesidad de que se destaquen.

En realidad Bud y Lillian estaban muy lejos de interesarse por el cine, que era su mejor excusa. Lillian tenía relaciones formales con un íntimo amigo de Bud, en quien éste confiaba, y aprovechaba las salidas de su hermano para “acompañarle” o viceversa, de lo que ambos estaban encantados. Mientras el reverendo cerraba la entrada del jardín y saludaba a un par de vecinos que iban de paseo, Bud se estaba muy tranquilo echando los dados en el casino del pueblo.

Bud era un muchacho robusto, sano y optimista, y sobre todo amante de decir la verdad sin mirar jamás en las consecuencias que ello pudiera acarrearle, por lo que llegaba en su sinceridad consigo mismo hasta el punto de rehuir los rezos de su padre incluso sin ser ateo, pues acostumbraba decir, acariciando a sus viejos: “Eso no me sale... El de arriba os escuchara a vosotros mejor que a mí.” El reverendo Gloves no le tomaba a Bud a mal aquella sinceridad y sólo se limitaba a mirarle con triste melancolía pidiéndole a Dios diese al muchacho más luz espiritual si bien se sentía orgulloso de ser autor de los días de aquel castillo de nobleza. En realidad, el Reverendo abrigaba la más absoluta esperanza en un cambio radical de Bud cuando sentase algo la cabeza. ¿Y qué daño hacía él por otra parte a nadie? Bud era digno de todo el cariño de su padre.

Así se comportaba Bud siempre, tanto fuera como dentro de su casa. La vida ofrecía un grave peligro a la franqueza exagerada del muchacho. Más de una vez perdió su colocación por no saber de cortesías ni de tapujos en “lo que no le venía”, como él se expresaba. Aquella noche y sin olvidarse Bud de mirar el reloj de cuando en cuando para regresar junto con Lillian a casa, había en el casino tres forasteros, dos “managers” y un púgil de pesos medios que estaban de paso en Masonville. Aunque ninguno tomaba parte en la partida de Bud y sus amigos, parecieron desde el principio muy interesados en los modales del joven, del que supieron por Henry, el camarero, que era el hijo del Reverendo del pueblo. Aquella aclaración de Henry sirvió de base especialmente al púgil para chancearse de Bud sin conocerlo.

—¡Parece que su padre reza por él!—dijo guiñando un ojo a sus apoderados al ver ganar a Bud.

Este le miró de reojo con signo despectivo y prosiguió echando sus dados. Pero aquella mirada significativa hirió el amor propio del púgil, que al ver perder a Bud soltó, en medio de una carcajada:

—¡Esta vez su padre se ha olvidado de rezar por él!

—A mi padre hay que dejarlo en paz...—le dijo Bud, encarándose esta vez con él sin dejar sus dados. Pero al perder de nuevo, aquél boxeador, que ya parecía picado con el mozalbete, al que miraba con ojos de piedad, volvió a exclamar:

—¡Ahora ya parece que su padre le está maldiciendo!...

Un tremendo puñetazo de Bud a la cabeza del púgil fué la pronta respuesta del muchacho. El tremendo golpe fué tan certero que manando sangre como un toro aquel hombre cayó al suelo como un pelele. Cuando fueron a separarle ya era tarde; el propio Bud volvió a mirar su reloj y viendo que tenía que encontrarse con Lillian salió de allí sin preocuparse del herido mientras silbaba una canción de moda.

—Nos ha inutilizado usted a nuestro hombre...—le dijeron aquellos dos tipos tratando de sacar partido de aquella escena que acababan de presenciar. —¡Véngase a boxear con nosotros!... ¡No tiene usted más que dar dos sopapos como esos y ya se ha ganado tres dólares cada noche!...

Pero Bud los miró con el mismo desprecio con que había tratado al “gran” púgil que le presentaran, y siguiendo su camino, les dejó boquiabiertos diciéndoles decidido:

—¡No soy amigo de las peleas!... Ni necesito dinero...

En la puerta de su casa ya esperaba Lillian la llegada del puntual Bud. Las doce acababan de sonar en el reloj del Ayuntamiento.

—¿Estuviste con Fred?—le dijo Bud a su hermana pellizcándole el carrillo.

—¿Qué discutías con aquellos hombres?—le preguntó a su vez Lillian agradecida.

—Quítate los zapatos, papá puede que no duerma—volvió a decirle Bud mientras él se quitaba los suyos y abría la puerta con el llavín procurando no hacer ruido alguno.

Por mucho que se esforzaron, Lillian fué la primera en tropezar en la escalera dejando caer un zapato. El Reverendo per-

cibió el ruido aquel y suponiendo que los "pájaros" regresaban al nido salió en pijama encendiendo la luz:

—¡Bud, Lillian!... ¿Sois vosotros?... ¿Estuvisteis en el cine?

—Sí, papá!...—respondieron los dos a una mirándose por temor a contradecirse.

—¿Qué película dieron?—insistió el Reverendo.

—“La fuerza del des...”—dijo Lillian, y Bud: “Conquistando la vi...”.—Mas viendo que se habían contradicho y que el Reverendo se quedó algo suspenso, añadió Bud sin vacilar, quitándole la palabra a su hermana: “Había dos películas, papá”.

—Bueno, hijos, a descansar... y mañana, Bud, al trabajo... Mr. Whistler está contentísimo... le dije que no podía haber encontrado mejor ayudante que tú.

Hondamente satisfecho después de escuchada la “verdad” de sus hijos, el Reverendo se entregó al sueño hasta el día siguiente y lo mismo Bud y Lillian, dándose la mano muertos de risa por lo bien que les salió el “pastel”, se dieron las buenas noches.

Pero como la aldea era tan reducida, el Reverendo supo con extrañeza, apenas mediada la mañana y por el mismo cartero, lo de la pelea de Bud.

—Temo, Bud—le dijo a su hijo al mediodía—, que tu predilección por las muchachas y las peleas te traigan algún disgusto...

—Ya me dijo mamá que te han contado lo de anoche—le replicó Bud no mostrando extrañeza—. ¡Al fin y al cabo lo hice por defenderte!... Pero puedes estar tranquilo... con las mujeres he acabado y en adelante no sólo daré la otra mejilla como tú me aconsejas, sino hasta las narices... ¿Estás contento?...—Y tirándole de las narices a su viejo le dió la espalda para marcharse. No parecía sino que el travieso de Bud era la debilidad del Reverendo, a pesar de sus años, que exigían cierta formalidad; pero Bud, seguía siendo más niño aun que cuando iba al colegio a aprender la segunda enseñanza.

* * *

Bud comenzó aquel mismo día su empleo en casa de Mr. Whistler para servir los refrescos a los turistas que se detenían en el elegante bar de aquél. Porque Masonville—hay que aclararlo—si bien era una aldea insignificante, era un punto importante de turismo por sus magníficos alrededores y montañas y lagos que le circundaban, y por la carretera nacional que lo atravesaba camino de Nueva York.

A pesar de la promesa dada a su padre, el muchacho aprovechaba la ocasión más favorable para hacer promesas amorosas a cada “girl” que se le ponía delante para tomar un refresco. Y como Bud era apuesto y robusto, a más de un empedernido optimista, nada era de extrañar que hiciese de perfecto don Juan, cautivando a más de una ingenua de aquéllas que por ser de grandes capitales se las daban de seres superiores frente a los habitantes de Masonville en particular. Aquello no contaba con Bud, sin embargo, que era un perfecto desahogado, inteligente, gracioso y sin presumir de tipo, aunque tenía sobradas dotes para ello.

Aquella colocación tampoco le duró mucho a Bud, como su padre desgraciadamente había previsto. Por un quítame allá esas pajas, el muchacho discutió un día con Jack, un paisano que presumía de musculatura y que había puesto sus ojos en una linda forastera, al parecer una “girl” de cabaret. Y cuando ésta se hallaba en el bar haciéndose servir por Bud que la piropeaba, hizo su aparición ceñudo y amargado por los celos Jack.

—En Masonville nos hacían falta muchachas así... ¡Si mi

viejo sabe que me muero por su planta, menudo sermón me echa! ¡Otra naranjada, reinecita?... ¡Va por mí...!

—¡A esa mujer hay que dejarla en paz!...—entró diciéndole Jack.

Eso fué todo. Bud, que no era amigo de que nadie le reprehendiese fuera de los de su casa, se echó sobre Jack, descargando sobre él tales mazazos con su fuerte puño, que ambos salieron rodando, por la resistencia y golpes que Jack devolvía. Pero Bud era ágil como un gato y no hubo pronto cristal, ni mesa ni vaso que quedara sano ni en pie, incluso el infeliz de Jack. El estruendo de vidrios y de sillas fué enorme. Cuando Mr. Whistler salió azorado se quedó de una pieza. Un toro que se hubiese desemandado no hubiese originado más desperfectos.

—¡Canalla... granuja... sinvergüenza!... ¡Si no fuera por tu padre llamaba a la policía! ¡Sal inmediatamente de aquí... largo de mi casa!...—le gritaba Whistler hecho una furia.

Mohino y sin decir palabra, viendo la razón que apoyaba al viejo dueño del bar, Bud salió desorientado después de mudarse en un santiamén las ropas. Pero en una de las bocacalles se tropezó de nuevo con los empresarios del famoso púgil de la noche anterior.

—En vez de vender helados podrías estar hecho un duque...—le dijo uno de ellos.

—¡Déjalo si prefiere ser pinche a ganar duros a montones siendo un caballero!...—añadió el otro.

Bud los hubiera mandado a paseo de buena gana, pero en vista del cariz que habían tomado las cosas tras aquella pelea del bar y sin saber qué partido tomar, hizo como que se iba a despedir de Whistler y, en efecto, asomándose al bar, gritó para que lo oyieran los empresarios de marras:

—¡No quiero trabajar más aquí... me voy a ganar más!

—¡Miserable... bandido!...—salió gritándole Whistler al verle aparecer de nuevo.

—¿Lo veis? — dijo Bud a los otros—. Le ha sentado como un tiro...

* * *

A tres kilómetros de Masonville había verbena en celebración de una fiesta anual que se festejaba mucho en Whitetown, y allí entrenaron los nuevos apoderados de Bud a éste. La voz se había corrido entre los íntimos de Bud sin que llegara al reverendo ni a John, su hermano, pero sí a un tal Dick, que cortejaba a Lillian, a la que invitó a ir a ver a su hermano aquella noche.

La pelea en la barraca, construída al efecto, fué estupenda. Bud tenía un contrincante que era pájaro viejo y tenía buena técnica.

—¡Cinco dólares más!... ¡Diez... quince más, Bud!—le gritaba uno de los apoderados de esos que se dedican a buscar noveles del boxeo para sacarles el jugo allá en América.

Y Bud ganó la pelea.

Cuando algo más tarde que de costumbre se encontraron en la puerta de casa Lillian y él, y ya con los zapatos en la mano para no despertar al reverendo, Bud dijo a su hermana:

—¿Estuviste con Fred?...

—¿Dónde te has herido la mano?—le repuso Lillian en vez de contestarle—. Te he visto boxear... eres un fenómeno, chico.

—¡También yo te he visto con Dick!...—le contestó Bud enfadado—. ¡Lillian, conmigo no juegues ni con Fred... me consta que Fred es un buen chico y te advierto que no vuelvas a salir con ese Dick, porque os pesará a los dos.

—¿Llegó Lillian?—dijo el Reverendo asomándose como de

costumbre a la escalera, al oír ruido y ver a Bud, que iba detrás de su hermana.

—¡Claro, papá!... ¡Aquí está!—y Bud mostró a su hermana tirándole del brazo... ¡Buenas noches, papá!—dijeron ambos, temerosos de una reprimenda, en vista de lo avanzado de la hora.

—¿Qué hora tienes, Bud?—preguntó el Reverendo, desconfiado.

—Debe ser tarde, papá... dejé el reloj en mi cuarto—le contestó Bud, que nunca sabía decir una mentira.

A la mañana siguiente y como era de esperar, John todo lo sabía, y aguardando la hora del mediodía, en que estaban reunidos para la comida, sacó a relucir las hazañas de Bud, que se cuidaba de venir a la citada hora para causar la impresión de que seguía con míster Whistler, que por respeto al Reverendo nada había denunciado ni a este mismo.

—¡Whistler ha despedido a mi hermano por pendenciero!—dijo de pronto John.

—¡No puedo creerlo! ¿Qué dices tú, Bud?—repuso el pastor.

—Te equivocas, papá. John tiene razón esta vez—respondió el requerido.

—¡Es vergonzoso que seas de esa manera!—le dijo John encarándose con él, después de levantarse violento de su asiento—. ¡Nos estás avergonzando cada día!... ¡Nos abochornas constantemente!... No te bastaba con ser holgazán y ¡ahora te metes a boxeador!... ¡Anda, pelea conmigo!... —Y diciendo esto, John soltó a su hermano un bofetón, dándole la espalda en señal de desprecio.

—¡John, retírate en seguida!—intervino el Reverendo. Y dirigiéndose a Bud, que había permanecido impasible ante aquella bofetada, le dijo—: Te has portado como un hombre, Bud...

—Perdona, papá...—le contestó, obediente, Bud.

—Todos cometemos errores...—le dijo el Reverendo tomándole del brazo y dirigiéndose con él hacia la ventana—. Pero dime, ¿con quién has boxeado?... ¿De veras has ganado?

—¡Por knockout, papá!—repuso Bud refulgiéndole los ojos.

—¡Espléndido, hijo mío!—contestó orgulloso más el padre que el pastor—. Ya sabes que tolero el boxeo, pero no lo apruebo, Bud.

—No comprendo por qué te has hecho Pastor, papá... ni si-

quieras cuando me enseñas el catecismo... y eso que sé que tus sermones son sinceros, pero... no puedo creer lo que no veo—decía Bud como si su padre fuera su mejor camarada, cual, en efecto, lo era.

—Algún día, hijo mío, cuando te veas en un trance apurado, creerás...—le dijo Mr. Gloves.

Así transcurrían las conversaciones entre padre e hijo, en la mayor armonía. Cuando Lillian hizo sus observaciones en apoyo de su hermano y “cómplice” en sus frecuentes salidas, éste anotó acariciando a su madre:

—*Bud Gloves, Campeón del mundo de pesos pesados.* ¿Qué tal suena eso, mamá? Mientras llega ese día que papá dice iré a Nueva York a boxear...

—¡No nos dejes, hijo mío!—le dijo su madre acariciando la cara de Bud y dejando asomar una lágrima sus ojos que rebosaban cariño.

—¡Si pones esa cara, me quedo!... ¡Lo decía en broma para haceros refunfuñar a ti y a papá!—repuso Bud dando un brinco y llamando a John para que se dejase de tonterías como si nada hubiese pasado.

Aquella misma tarde y mientras el Reverendo arreglaba con Whistler lo de Bud, éste tuvo un roce con Micky Devine a su paso por Masonville para Nueva York, y ello ocurrió como sigue. El campeón de pesos medios Micky Devine, que se dirigía a la capital a celebrar un encuentro con Kid Williams, se apeó para telefonear a la capital con sus apoderados, mientras Bud floreó a sus acompañantes, dos lindas “girls” del Broadway. Bud creyó broma lo de las muchachas de que acompañaban a dicho campeón y cuando éste regresó al coche y Bud quiso darse a conocer, Micky, que se dió cuenta de los piropos de Bud, le dijo a éste menospreciándolo y poniendo en marcha su coche:

—¡Adiós, macaco!

Bud se quedó furioso ante el insulto del coloso y no pudiendo alcanzarle, se fué a los apoderados que le habían salido, diciéndoles:

—Os tenía preparada una mala noticia... he prometido a mis padres no irme a Nueva York, pero ese tipo de Micky Devine me ha insultado... ¿No creéis que yo le puedo a ese tipo? ¡Vámonos a Nueva York!

* * *

El amor propio del muchacho pudo más que la promesa que había dado a los suyos, y sin decir palabra se puso en camino. Una vez en la capital, sus llamados apoderados no le consiguieron en cuatro meses ni una pelea, aparte de exhibiciones de poca monta. Ello originó disgustos entre ellos y Bud se quedó solo trabajando por su cuenta. Durante la temporada aquella tuvo ocasión de conocer a Evelyne, la muchacha a la que dirigió más piropos cuando pasara con su amiga y el campeón Micky Devine por Masonville. Pero Bud llegó un momento en que tuvo que servir de nuevo refrescos para poder hacer frente a sus necesidades económicas. Un día tuvo la mala suerte de que la misma Evelyne entrara en su bar a tomar un refresco.

—¿No me habías dicho que eras boxeador? ¿A qué viene ese disfraz?—le dijo Evelyne.

—Luego te contaré... ¿Qué quieres comer? ¡Soy el próximo campeón y cuidadito con la lengua!—le dijo Bud en tanto la servía. Y observando sus joyas y pulseras, añadió: —Debes recibir muchos regalos de tus admiradores!

—¡Este brazalete me lo ha dado papá!...—dijo coqueta la muchacha.

—¿Y el auto también te lo ha dejado papá? ¿Y las medias esas de seda te las han regalado tus primos? ¡Así me gustas! ¿Quieres salir luego conmigo?... Por supuesto, en tu auto, porque no pensarás que yo tengo uno también...

Salieron, y ya en el bosque, Bud se propuso conquistar a la muchacha.

—¿Te gusta el campo?—le dijo.

—¡Lo adoro!—repuso ella.

—¿Y la luna de noche?—le dijo él.

—¡Me encanta!—contestó ella.

—¿Y yo?—siguió Bud.

—¡Apenas nos conocemos!—afirmó ella.

—¡Eso tiene arreglo!—replicó él besándola en la boca.

Una tremenda bofetada fué la respuesta de Evelyne y una terrible bofetada también la respuesta de Bud a ella, diciéndole:

—¡Acostumbro devolver lo que me dan!

Total, que Evelyne se deshizo en lágrimas viéndose indefensa.

—¡Que te sirva de lección!—dijo Bud agarrándose al volante del coche para emprender el regreso.

Una treta de Evelyne le sirvió a ésta de justa venganza contra la audacia de Bud. Apenas avanzados unos metros, ella gritó mirando el camino:

—¡Oh, mi bolso se me ha perdido!... ¡Búscalos, Bud!

Bud cayó en el garlito, como sucede decirse, y apeándose del coche se puso a buscar en dirección contraria, en tanto que Evelyne, poniendo el coche en marcha, le gritaba gozosa:

—¡Caballerito, a pie y a casita, que es tarde!...

—¡Todas sois lo mismo!—murmuró el noble Bud, apretando los dientes y emprendiendo el camino de regreso, a la vez que se levantaba y ajustaba el cuello de la chaqueta.

Aquella noche y después de llegar a la ciudad montado en un carro donde encontró auxilio, ahorrándose la larga caminata, escribió unas líneas antes de meterse en casa, entre sorbo y sorbo de una soberbia taza de café y unos pitillos que le hicieron olvidar lo pasado:

“... mi reputación sube de día en día... y ya llevo ganadas tres peleas en lo que va de mes. Mis servicios se los disputan y no tengo ni tiempo para respirar...”

El Reverendo, su padre, leía con fruición las noticias de su hijo que le enviaba mentira tras mentira para que sus padres no descubriesen la amarga realidad. Ya muy avanzada la noche, Bud se metió a descansar en su cuarto.

Pero ¿qué era lo que Bud veía? En su cama se había metido por lo visto Evelyne para darle una buena sorpresa, por cuanto allí había un sombrero de mujer y asomaban los cabellos de la misma bajo las sábanas.

—¡Debí haberte roto la crisma, en vez de hacerte caso! ¡Esa falsedad no la supuse en ti!...—comenzó Bud.

Pero no era a Evelyne a la que Bud reconvenía, sino a Lillian, su hermana, que abandonó Masonville para participar de la celebridad de su hermano que, a juzgar por las cartas que mandaba, debía vivir en la gloria y la opulencia.

—¡No soy tu amiga!—dijo Lillian asomando la cabeza.

—¡Lillian!... ¿Qué tal?... Sabía que eras tú y quería bromear... pues yo no tengo amigas—le dijo Bud abrazándola.

Hablaron y Bud se vió en la amarga necesidad de confesar a Lillian su fracaso y confiarle que sus cartas fueron debidas al pensar en lo que podrían sufrir sus padres de saberlo todo, ya que por otra parte él esperaba vencer y ganar lo perdido. Bud le pidió a Lillian que por lo que más quisiese le guardase el secreto, a lo que ella accedió de buen grado, añadiendo:

—¡No diré una palabra, hombre!... Además, pienso estarme contigo algún tiempo... lo sabe Fred y me dijo que aguardaría.

Bud andaba escaso de dinero como es de suponer, y de ello dió cuenta a su hermana, procurando convencerla de que se volviera. Además, los peligros de una capital como Nueva York le aconsejaban mandar a casa de nuevo a su hermana. Mas todo fué inútil. Lillian se quedó en la ciudad deslumbrada por sus múltiples maravillas y diciendo a Bud que también ella encontraría un medio honrado de ayudarse hasta que pasasen unas semanas nada más.

—Puesto que te empeñas, Lillian, te voy a dejar... tal vez pronto tenga ocasión de enterar a ese Micky Devine de quién es Bud Gloves... Bueno, Lillian, me voy a otro cuarto, quédate ahí durmiendo...—terminó Bud tirándole a su hermana de la oreja y dándole un beso en la frente.

—¿No te enfadas?—dijo Lillian al ver salir a su hermano.

—¿Por qué, muchacha?—le replicó éste.

—¡Porque no era la que tú te esperabas!

—¡Si no esperaba a nadie, mujer! — le dijo Bud desapareciendo.

* * *

Al día siguiente Bud asistió al bar en donde despachaba de nuevo sus refrescos después de dejar a Lillian descansar de su viaje y darle su dirección para que fuese allá a comer con él a la hora del medio día. Mas cuando esa hora se acercaba he aquí que Evelyne se presentó pizpireta y con mirada de picardía, como siempre, demostrando que venía dispuesta a tomarle el pelo por demás.

—¿Me guardas rencor?—le dijo a Bud irónica y haciéndole una mueca.

—¿Yo?... ¡Al contrario... una chica estupenda que pasaba detrás de ti me montó en su automóvil mucho mejor que el tuyo!—le contestó Bud lleno de ira para sus adentros pero hacia afuera riéndose con tal de no dejarse tomar el pelo por la niña aquella.

—¿Era joven?—preguntó Evelyne picada.

—¡Y linda como un capullito!...—le repuso Bud mofándose.

—¡Fué muy complaciente!...—dijo Evelyne de nuevo.

En este momento llegó Lillian.

—¡Buenos días, vidita mía!—le dijo Bud a su hermana guiñándole el ojo e indicándole a Evelyne en el preciso momento en que ésta se volvía para mirar a la recién llegada.

—¡Buenos días, mi amor!...—repúsole a Bud su hermana, comprendiendo la intención de éste.

—¿Has dormido bien?... ¿Has disfrutado tanto como yo?...

Esta noche nos veremos otra vez, ¿verdad?—decía Bud con frases ansiosas.

—¡Claro, como tú quieras! ¡Ha sido una noche divina! ¿verdad?... no he dormido ni un segundo...—le respondió Lillian dando la espalda casi a Evelyne, hasta que ésta, llena de enojo se volvió hacia Bud, gritándole:

—¡Eres un gran mamarracho!... ¿Cuántas quieres a la vez?

—¡Bueno, te presento a mi hermana Lillian!—exclamó Bud, mostrándole a la joven y soltando ambos una carcajada.

Mientras llegaba la hora de la comida y Bud despachaba a sus últimos clientes antes del relevo, Lillian y Evelyne trataron rápida amistad, sentadas amigablemente en un rincón discreto del bar y entablando la conversación que más convino a Lillian, que fué la que dirigió la charla.

—Me gusta Nueva York... no he estado nunca aquí y quería pasar una temporada con mi hermano en la capital. Allí en Masonville una se aburre como una ostra... Mi hermano no quería que me quedase, pero le he convencido... y Fred, mi novio, no me quitará este gusto... Ahora Bud está convencido y me quiere dejar con él al menos unas semanas... ¿Conoce usted mucho la capital?... ¿Lleva mucho tiempo aquí?... Si no es indiscreto me gustaría preguntar a usted dónde está colocada... quizás me sirva de guía. Mi hermano no puede ni yo quiero que le vaya a resultar una carga...—decía Lillian a Evelyne, que a su vez se admiraba de la ingenuidad de la simpática y bella hermana de Bud.

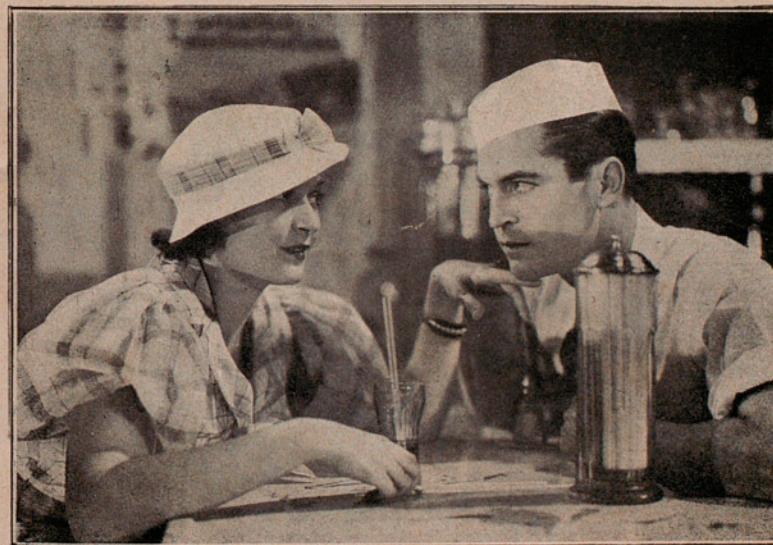
—Yo bailo en un cabaret...—le dijo Evelyne.... Al principio se siente repugnancia... pero no es tan malo como se cree... una puede hacer lo que quiere al fin y al cabo y entre mis compañeras las hay como yo, tan decentes como la que más... no hay que creer en lo que la gente dice abultando las cosas... Si usted sabe bailar, puedo presentarla...—inició Evelyne segura de la buena acogida que se dispensaría a Lillian por su bello aspecto y dotes, al parecer inmejorables, para hacer carrera.

—Jamás permitiré eso!—le gritó Bud a su amiga al escuchar desde una ventanilla sus últimas palabras por encima de ambas muchachas.... ¡Tú, Evelyne, eres una bailarina de profesión, y no querrás que mi hermana vaya de corista a parte alguna...!

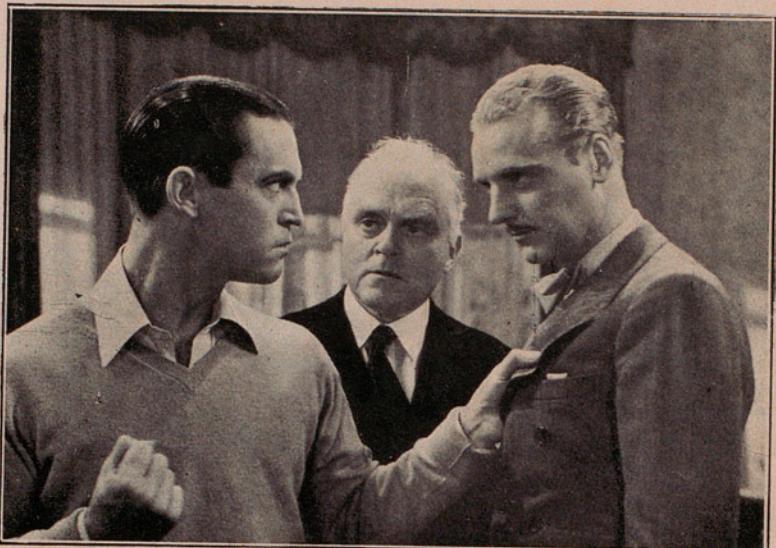
Al día siguiente, Evelyne y Lillian se dieron cita en el ca-



—Quítate los zapatos.



—En Masonville nos hacían falta muchachas así...



—Anda, pelea conmigo.



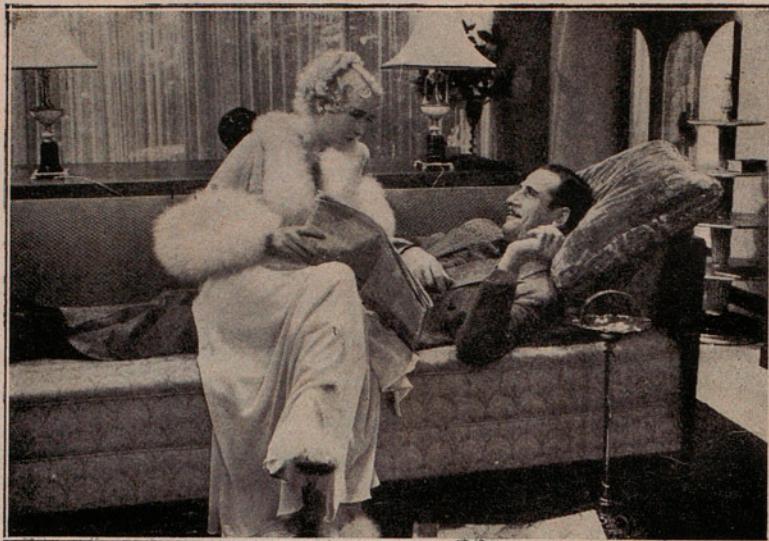
—...pienso estarme contigo algún tiempo.



—Soy el próximo campeón



—¿Has dormido bien?



—Permíteme llamar a Fred.



—¿Lo has matado tú?

baret, por la tarde, antes de que Bud abandonara su servicio. Allí se encontraba el afamado empresario de boxeo, Douglas, al que se debían los campeones de más celebridad. Douglas se prendió de la nueva corista que estaba ensayando, y, engreído por su fama y millones, se permitió ciertas libertades con Lillian, lo mismo que se las permitía con las demás "girls". Sólo que Lillian no estaba acostumbrada a semejantes moscardones y, a las primeras de cambio, sin conocerlo ni importarle quién era, le soltó un cachete.

Douglas se amoscó ante aquella insolencia y quiso saber quién era la atrevida.

—¿No lo has conocido? —le dijo Evelyne en seguida—. Es un empresario poderosísimo de boxeo... Si conociera a Bud...

—¿Te parece que sería mejor que me excusara?... ¿Cómo lo haré ahora? —repuso Lillian azorada, pensando en que aquel hombre pudiera serle útil a su hermano.

Pocos minutos habían transcurrido cuando Lillian fué avisada para que acudiese al despacho de su director artístico. Apenas llegaba a éste, sin desnudarse en el camarín, se encontró frente a frente con Douglas, al que dicho director había dejado libre el campo para pedir a la nueva corista sus explicaciones. La influencia de Douglas podía eso y mucho más.

—He sabido que es hermana de un boxeador fracasado... pero veo que también la niña sabe pelear... No la han llamado aquí para despedirla... nada de eso... no lo consentiría. Soy Walter Douglas y quiero conocerla, nada más.

Douglas se fué acercando mientras hablaba a la muchacha, hasta colocarse completamente a su lado, lo que se dice materialmente encima. Aquel hombre, con trazas de sátiro, repugnaba a la muchacha, pero ella pensó sacrificar lo que fuese posible si con ello había de ayudar a Bud.

—¡Es usted muy bonita! —le dijo Douglas con mirada hipnotizadora.

—Le ruego que me perdone... no tenía el gusto de conocerle... —dijo Lillian, sobre cogida.

—¿De veras, señorita?... ¿Qué nombre de batalla tiene su hermano? —siguió el empresario.

—Es muy conocido... ¿si quiere que se lo presente? —dijo la ingenua joven.

—¡Cómo no!... Pero antes me gustaría conocer más a su hermanita... —terminó Douglas.

* * *

Como era de prever Douglas exigió a Lillian el sacrificio propio para ayudar a Bud, a lo que ella se avino, ansiosa de ver a su hermano en la cumbre y de proporcionar a sus padres tan enorme alegría. Pero, naturalmente, se cuidaron muy bien, tanto ella como su amante, de que Bud no notara lo más mínimo. En efecto, a cambio de sus "favores", Lillian vió muy pronto a su hermano ayudado por Douglas, quien, comenzando por nombrarle un famoso apoderado y de entrenarle, llenando la prensa de sus biografías, fotos, esperanzas en él puestas, etc., le preparó el triunfo, proporcionándole un encuentro con el campeón de moda. Ni un momento se permitía a Bud hacer otra cosa ni seguir otro régimen que el señalado por su apoderado durante los días de reparación. La campaña de prensa fué tan formidable que no se hablaba de otra cosa que del nuevo "as" Bud Gloves, en quien se cifraban las mayores esperanzas.

El día señalado para el encuentro del campeonato llegó al fin, y en el mismo ring de entrenamiento Bud recibió la visita inesperada de Fred, el prometido de su hermana.

—¡Fred! ¿Tú aquí?... ¿Cómo están en casa?—le dijo abrazándole Bud.

—¡Todos bien, Bud!... ¿Cómo está Lillian?—le replicó Fred.

—Ansías verla, ¿eh?... luego la veremos... esta noche haré una escapada para acompañarte—le dijo Bud al oído, dándole un guantazo en la espalda y soltando una carcajada.

Bud se escapó, en efecto, de la vigilancia del apoderado y salió con Fred al cabaret donde Lillian actuaba, preparándole de la sorpresa en el camino. Al salir la revista en la que Lillian aparecía en primer término, su prometido hizo un gesto de máxima admiración. ¿Era aquella divina muchacha, tan perfecta de formas y líneas y tan sumamente atractiva, la hermana del boxeador de Masonville, su amigo, y la que muy próximamente sería su esposa? El provinciano no salía de su admiración, retorciéndose las manos y alzando la cabeza tan pronto como suponía que la muchacha le vería. Una constante sonrisa y el olvido completo de que se hallaba con su futuro cuñado, le hicieron quedarse como embobado.

—¿La conoces?... Al lado, la morenita pequeña es Evelyne, que pronto será mi mujer... Ten un poco de paciencia... luego vendrán con nosotros—le decía Bud, añadiendo al verle tan nervioso:— Quieres a Lillian, ¿eh?...

—¡Muchísimo, Bud!—replicó entusiasmado Fred.

—Y ella a ti también—le repuso Bud.

—¿De veras?—le contestó aquél, abriendo sus ojos enormemente, sin poder ocultar lo enamorado que estaba.

Cuando la muchacha se acercó a ellos, terminado el número de varietés en compañía de Evelyne, Fred, totalmente azorado y besándose a su novia la mano, le dijo:

—He querido dar a Bud una sorpresa viéndole a ver su pelea...

—¡Vaya una declaración de amor, Fred! — le dijo Bud echándose a reír.

Pero Fred se quedó entristecido al ver a su novia en aquel ambiente, y tan pronto aquélla corrió a preparar el segundo número, se volvió a Bud, diciéndole:

—¿Cómo puedes consentir aquí a Lillian?

—¡Es tan testaruda como yo y prefirió quedarse... Yo he tenido una temporada mala... y mi novia la tomó para ayudarse cuando yo no tuve dinero... Ahora es distinto... Lillian se marchará contigo y conmigo cuando gane el campeonato de mañana—le aclaró, confuso, Bud.

—Si me hiciera caso y se viniera al pueblo...—repuso Fred melancólico, a lo que Bud le contestó:

—¿Qué es eso de caso? Sé valiente... y no te dejes dominar

por ninguna mujer. ¡Deja esa timidez y ordénale que se marche contigo!

Al poco rato volvió Lillian a la mesa de su hermano y su novio. Mas esta vez y siendo hora algo avanzada había llegado Douglas a la sala, dirigiéndose a la mesa de los mismos.

—¿No tienes que estar en la cama descansando?... Déjate de tonterías... mañana peleas y tienes que estar preparado... ¡hala, a descansar!—le dijo Douglas a Bud con amable severidad.

—Le presento a Fred Morris, el novio de Lillian—dijo Bud levantándose dispuesto a obedecer a Douglas, y añadiendo: Mañana ganó la pelea de todas formas... y tú, Fred, no olvides lo que te dije: tienes que mostrar tu hombriá a Lillian.

Lillian y Fred se echaron a reír al escuchar las últimas palabras de Bud que salió entre el inmenso gentío de la sala después de dar un beso de despedida a Evelyne.

—¿Ganará Bud mañana?... ¿Estará muy contenta Lillian?—fueron las primeras palabras de Fred a Douglas al marcharse el hermano de su novia.

—¿Ama usted a Lillian?—le contestó secamente Douglas.

—¡La adoro y solamente he venido para llevármela!—replicó Fred ante la admiración de su novia.

—Quizá se oponga a irse con usted... Podemos apostar si quiere, aunque le advierto que suelo ganar...—volvió a hablar Douglas, irónico.

—¡Cuéntame todos los chismes del pueblo!—suplicó Lillian a Fred temiendo que aquella conversación degenerase en averiguación del estado de cosas.

—Luego cuando salgamos te contaré muchas cosas; el señor Douglas se estará aburriendo—le replicó su novio.

—Lillian me ha prometido dejarse acompañar por mí esta noche—intervino Douglas ceñudo.

Lillian no pudo contradecir aquella afirmación del empresario famoso al que temía más que otra cosa y se disculpó ante su novio de ser demasiado olvidadiza, si bien Fred se apresuró a mostrar, no sólo su gran sorpresa, sino que hubo de confesarle ante el propio Douglas:

—¡Con los deseos que tenía de verte!... En fin, comprendo, mañana nos veremos.

Profundamente apenado, Fred salió de aquella sala, a la que en mala hora le llevó Bud, al que a su vez no podía comprender. En fin, aquello ya se aclararía... ¡Maldita la hora en que Lillian salió de Masonville! ¡Si sus padres y John se enterasen de aquello!...

A la tarde siguiente, horas antes del famoso encuentro, Bud se encaminó a casa de Evelyne en una escapada a saludarla antes de la victoria suya que él daba por descontada. Con Evelyne se hallaba su antiguo admirador y amigo Nick, el millonario, del que Bud no sabía nada. Nick le echó en cara a Evelyne que sus regalos le habían salido demasiado caros para que ahora la prensa entera se ocupase de sus amores con Bud Gloves, la mayor esperanza del ring. A ello le respondió Evelyne claramente que si bien se habían amado, no habiendo engaño por parte de ninguno, hoy día estaba enamorada de Bud, con el que pretendía casarse después del combate. Las declaraciones de Evelyne sacaron a Nick de sus casillas y se entabló la consiguiente disputa precisamente cuando Bud, con el que no contaban a aquellas horas, acababa de entrar con su propio llavín.

—Hasta luego, Evelyne—dijo secamente Nick saliendo de la estancia y mirando con recelo a Bud. Este al ver sofocada a su prometida y salir tan tranquilo a aquel hombre que incluso la tuteaba, gritó a la muchacha, de mal temple:

—¡Conque éste era el papá millonario que te daba las cosas! ¡Qué imbécil he sido!...

—Te juro que he roto con él... que no te conocía cuando...—sollozó ella.

—¡Basta, pécora!—le lanzó Bud dirigiéndose a la puerta para marcharse de nuevo.

—¡No seré peor que tu hermana!—le chilló Evelyne, fuera de sí.

—¡Qué has dicho!... ¡Imbécil!... Todo lo que tiene se lo he dado yo... Convine con Douglas en que le daría parte de lo que yo ganase y hasta algunos regalos... y por las noches la llevo siempre a casa...—le repuso Bud soltándole una terrible bofetada que la tiró contra la pared dejándola en el suelo, y saliendo como una centella.

Aquello disgustó a Bud hasta el punto de que comenzó a sospechar si no se aprovecharía Douglas de aquellas circunstancias para abusar de su hermana haciéndole creer que se desprendía de

aquellas sumas y regalos de su propio bolsillo cuando en realidad Lillian tenía un sueldo ridículo y él se había valido de aquella treta para hacer creer a su hermana que no tenía nada que agradecerle ganando lo suficiente para vivir. Douglas, que había comprado a medias el cabaret donde actuaban Evelyne y Lillian, accedió a los deseos del noble muchacho y eso era todo.

Dos doradas más tarde y en la estancia de Douglas, donde se hallaba Lillian, ésta estaba exasperada por haberla retenido su amante, no permitiéndole cumplir su compromiso con Fred. La muchacha había sufrido lo indecible desde la noche anterior cuando en el cabaret tuviera que deshacerse del pobre Fred al que inicuamente estaba engañando. Y todo por salvar a su hermano y dar a sus padres una alegría grandísima con la victoria de aquél, porque se sabía demasiado bien que Bud debía vencer, pasase lo que pasase, a Mickey Devine.

—Permíteme llamar a Fred por teléfono, te lo ruego—suplicó Lillian.

—¿Le amas todavía?... ¡Deja eso, queridita!—le contestó Douglas airado e interponiéndose a la muchacha para que no llamase al aparato.

—No quiero ofender a Fred... le prometí casarme... Déjame, te lo suplico... Debo cenar con él esta noche—gimió Lillian.

—¡Bud no es campeón aún!... ¡Me has prometido serme leal y ahora pretiendes casarte!... Piensas que tu hermano ya no me necesita ¿eh? y ya quieres mandarme a paseo... Veremos lo que dice Bud mismo...—le repuso irascible Douglas llamando al teléfono para ponerse en comunicación con Bud, aparentemente, a fin de convencer a Lillian, de la que estaba sumamente enamorado.

—¡Douglas... Douglas, Bud no sospecha nada de nuestras relaciones!—gritó ella horrorizada.

—¡Precisamente ahora lo sabré!—le repuso él secamente—. Yo mismo le pondré al corriente y decidiremos si él ha de ser campeón y si tú has de seguir a ese Morris a Masonville para casarte con él y convertirte en una pueblerina...

—¡Oh, Douglas!...

—¡Comuníqueme con Bud Gloves!...—siguió Douglas ya en el aparato.

—¡Oh! Walter... ¡Te juro que no veré más a Fred!... ¡No lo pongas al corriente!—le dijo Lillian tapándole el teléfono. Y

como oyese que su amante entablaba con Bud, al parecer, conversación, se fué, presa de enorme pánico, a la mesa de aquél, y, cogiendo su pistola, le gritó, fuera de sí:

—¡Si le dices nada, te mato!

Sin duda Douglas no creyó en las palabras de la muchacha, pues siguió sin interrumpir la conversación empezada, por lo que Lillian, enloquecida, disparó sobre él su pistola derribándolo al suelo herido de muerte.

Douglas murmuró:

—Loca... ¡locuela!... no hablaba con nadie... quería sólo intimidarte porque te quiero y estoy celoso... no había nadie al aparato...—y tartamudeando estas palabras Douglas se retorció sobre la alfombra exhalando su último suspiro.

La muchacha quedó aterrizada de lo que había hecho y arrojóse en un sofá próximo, sufriendo enormes convulsiones y un fuerte ataque, cuando Bud, que había abandonado a Evelyne, asqueado del engaño sufrido y decidido a entrevistarse con Douglas y con Lillian, a la que no halló en casa, acababa de llegar. La puerta principal se hallaba abierta, pero la segunda de cristales estaba asegurada con llave. Bud, que se cansó de llamar y que percibió los suspiros de una mujer, dió un fuerte puñetazo a los cristales, abriendo por la fuerza la cerradura después. Al entrar en la estancia, todavía Lillian no había vuelto en sí, en tanto que el cadáver de Douglas yacía en el suelo junto a su revólver.

—¡Bud, hermano de mi alma, qué horrible!...—sollozó Lillian vuelta en sí por su hermano que parecía haber enmudecido ante la misteriosa tragedia.

—¿Lo has matado tú?—le preguntó Bud completamente exaltado—. ¡Anda, vete a casa con Fred, corre, te esperará en casa!... A nadie digas que has estado aquí y si me obligan diré que he sido yo...

Bud se impuso enérgico a su hermana para que le obedeciese rogándosele en nombre de sus padres y en nombre del pobre Fred. Al fin y al cabo el disgusto no sería tan grande echándose él la culpa ante sus padres.

—Esta noche, dentro de dos horas, es la pelea, Lillian... Yo la ganaré y siendo el campeón... ¿crees tú que a mí me harán nada?—le decía para convencerla de que se fuese y le obedeciese.

La joven se fué aprisa a su casa, regresando con Fred a Masonville aquella misma noche, después de exponer con su novio sus

disculpas a la empresa, representada por el socio de Douglas, al que no pudo hallarse en aquellos momentos.

Pero como quiera que la tragedia no tardó en descubrirse y Bud mismo limpió las posibles huellas dactilares de la pistola que su hermana usara impregnando las suyas propias, la policía supo que Bud se había escapado a la vigilancia de su apoderado aquella tarde y de que sostuvo con Evelyne una agria disputa, según el propio Nick, deseoso de venganza, se apresuró a decir a la policía.

—¿Qué le contestó Gloves al decirle usted lo de su hermana y Walter Douglas?—preguntó el comisario a Evelyne.

—Me dió una tremenda bofetada y salió irascible... pero nunca acostumbraba usar pistola—respondió ella.

Mas a las declaraciones de Nick y de Evelyne y a la comprobación de que Bud había visto a Douglas aquella tarde sin duda alguna, se unió la comprobación de que las huellas dactilares de la pistola serían del propio Gloves, por lo que el comisario ordenó detenerle en el propio ring donde aquella noche se celebraba el encuentro.

Cumpliendo dichas órdenes de la autoridad los agentes se dirigieron al estadio profusamente iluminado, donde la efervescencia por la pelea era descomunal.

—Bud asesta un tremendo derechazo a Devine... la quijada del campeón sangra...—gritaba ante el micrófono el “speaker”, al lado del mismo ring, en la radiación que a todo el país se hacia de la tremenda pelea.

—... concluyó el sexto round... Devine y Gloves pelean como tigres... ambos ganan igual número de rounds. No me extrañaría que tuviésemos pronto un nuevo campeón...

—... Gloves arremete duramente contra el campeón... Bud tiene acorralado al campeón... ¡Devine está perdido!... ¿Cómo?... ¿Vienen a prenderlo?...—seguía el micrófono.

En Masonville, John, Hymie, el Reverendo, Fred y Lillian escuchaban aquellas sensacionales noticias de la radio de Nueva York con enorme nerviosismo en espera del resultado. Al escuchar, sin embargo, las últimas palabras del que transmitía las noticias, todos y en particular Lillian y Fred se quedaron estupefactos.

—... Dicen que Bud mató a Walter Douglas... no puedo creer

que Bud sea culpable... no pelearía tan colosalmente... el árbitro cuenta... ocho... nueve... ¡diez!... ¡Bud es campeón del mundo!... Un momento: voy a traer al nuevo campeón para que les salude a ustedes... ¡Bud va a decir unas palabras!... Algo pasa... la policía sube al ring... ¡Inspector, deje hablar al campeón!...

—... El nuevo campeón no podrá hablarles... Bud acaba de ser arrestado por la muerte de Douglas hasta que el asesinato se aclare...

La familia Gloves de Masonville escuchó estas últimas palabras del aparato de radio quedando suspensa y sumida en la mayor agonía. ¿No habían dicho que Bud mató a Douglas?... Masonville quedó sumido en duelo profundo hasta saber el resultado del proceso.

* * *

Cuando el proceso tuvo lugar, Bud se declaró único culpable del asesinato de Douglas achacándolo a una disputa por cuestiones de mujeres. El Jurado condenó al campeón a la silla eléctrica y como quiera que había toda clase de agravantes por la forma de conducirse Bud en las declaraciones (sin duda temiendo se descubriera la verdad y se arrestase a Lillian), la sentencia se había de ejecutar en breve plazo.

—El Jurado declara al reo Bud Gloves culpable de asesinato... Sufrirá usted la pena capital como la Ley prescribe... Dios se apiade de su alma...—dijo el presidente de la Audiencia acabada la famosa vista y siguiendo el rito americano.

—¿Cómo está, Bud?—le preguntó el carcelero apiadado de él y acercándose a su celda.

—¡Como tú estarías si te tuvieran que achicharrar dentro de poco!—contestó el campeón mordiéndose los labios.

—Hoy ve tu causa el Gobernador, Bud..., quizás te indulte... —le volvió a decir el guardián.

—Ya he confesado bastante mi culpabilidad y seguramente que no creerá las mentiras de mi hermana—contestó Bud apenado, pero con entereza.

En el despacho del Gobernador de Nueva York, que era quien tenía la última instancia para ejercer la gracia del indulto conforme a la Constitución Federal de la Unión, se hallaban en aquellos instantes los familiares de Bud.

—Estos deberes me asustan...—dijo el Gobernador estudiada la causa—. Siempre que hay la menor duda, conmuto la pena de muerte por cadena perpetua... pero en el caso de Bud Gloves... el mismo prisionero se confesó culpable del delito con todos sus detalles... Admiro el sacrificio de Lillian, su hermana, culpándose a sí misma del crimen... pero no hay motivos para suponerla autora... lo siento... La ejecución de Gloves tendrá lugar mañana a las cuatro de la mañana...—terminó tétrico el Gobernador.

El Reverendo y los suyos salieron sollozando de la lujosa estancia. ¡Qué hacer! Mr. John Gloves, viendo que todo fué en vano, se dirigió a la prisión de Nueva York donde Bud debía ser ejecutado y pidió ver a su hijo. Al anunciarle la llegada de su padre, aquél se refugió en un rincón de su lugubre celda como avergonzado de un crimen que no había cometido.

—No vine antes porque...—comenzó el reverendo teniendo aún de espaldas a su hijo— ...estaba preocupado con el resultado de la petición de indulto... ¡hijo mío... ha sido denegado!... Te felicito por haber ganado el campeonato... y voy a confiarle un secreto... Cuando muchacho me gustaban las peleas... todos los chicos de la escuela me temían... y hasta soñaba con ser un hombre ilustre y fuerte y temido... pero Dios, que guía nuestros pasos en la tierra... lo dispuso de otra manera... y me dediqué a su servicio... Ahora, Bud, tienes que pensar en El... encomiéndate al Altísimo...

El Reverendo estaba deshecho en lágrimas al pronunciarle a su hijo aquellas frases que más debían ser sentencias.

—¡Papá, no llores!... En mi vida he sido débil... y no quiero flaquerar ante esta muerte... no quiero despedirme de la vida con una mentira en los labios... Nunca he rezado, en contra de tus consejos... reza tú por mí... El de arriba te escuchará a ti más que a mí y hará más caso de tus plegarias, porque lo mereces...—le respondió Bud consolando al Reverendo, su padre, y abrazándole mientras le limpiaba las lágrimas de sus mejillas.

—¿Puede mi hijo entrar conmigo en la capilla?—dijo el Reverendo al director de la prisión que le había acompañado hasta la celda de Bud.

—No está permitido... pero no podría negárselo, Reveren-

do... — repuso aquél, ordenando a los guardianes acompañasen al reo a la capilla en compañía de aquel santo padre, que no cesaba de llorar acariciando a su hijo.

—¡Mi padre... éste es mi padre, compañeros...!—decía Bud siguiendo entre los guardias a su padre, esposadas las manos y dirigiéndose a los presos que detrás de sus rejas le veían pasar por el corredor amplio en dirección a la capilla.

El orgullo de Bud Gloves al señalar a su padre ante sus “compañeros” de prisión, no conocía límites. Mal que le pesara al director de la cárcel, tuvo que enjugarse igualmente que el Reverendo sus lágrimas ante la hombría de Bud que apretaba los dientes repitiendo: —¡Mi padre, compañeros... no hay padre más bueno que éste... mi padre, compañeros!

El Reverendo estuvo a punto de sufrir un colapso. El director de la prisión caminaba a su lado con solemnidad, igualmente compungido. Y cuando las voces de Bud Gloves se hicieron sentir como martillazos, clavándose una a una en su corazón, no supo aquel gran sacerdote de Cristo sino sacar su libro de rezos en medio de un mar de lágrimas, caminando impasible hacia la capilla como un autómata, lívido e infinitamente triste.

.... Padre nuestro... que estás en los cielos... santificado sea el Tu nombre... vénganos el Tu reino, así en la tierra... — balbuceó con voz atronadora el sacerdote, arrodillándose delante de su hijo que enmudeció ante la capilla, a la que habían llegado.

* * *

Un día después, Bud ya no existía. Cuando el Reverendo habló al director de la prisión, antes de regresar a Masonville, éste le entregó una azucena hermosísima que Bud recibiera de Evelyne y que el propio muchacho llevó con entereza hasta la silla eléctrica entregándosela para que fuese a parar a manos de su padre como último recuerdo y delicado amor hacia él.

—¿Rezó?—preguntó el Reverendo, lleno de dolor. Y ante la negativa del director de la prisión, añadió, mirando al cielo—: ¡Fué sincero hasta el fin!...

En Masonville se enseña la sepultura. Una maravilla de jardín, gracias a las manos cuidadosas del Reverendo y su esposa, que no tuvo aliento sino para llorar a su hijo hasta su muerte. Fred y Lillian, felizmente casados, compartían con John y el propio Reverendo los cuidados de aquella admirable sepultura al lado de la de su propia madre, en las que se leía, respectivamente:

BUD GLOVES

Campeón del mundo

Murió el 14 de junio de 1929

HYMIE GLOVES

Murió el 12 de agosto de 1929

Números publicados:

REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederich March, etc.
EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
SU ULTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.
TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.
NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummings, etc.
ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Laughton, etc.
EL Águila y el halcón, por Fredric March, etc.
ESCÁNDALO EN BUDAPEST, por Franziska Gaal y Paul Horbiger.
PIMIENTA Y MÁS PIMIENTA, por Lupe Vélez, Edmund Lowe, etc.
YO SOY SUSANA, por Lilian Harvey y Gene Raymod, etc.
EL ASESINO DIABÓLICO, por Lionel Atwill, C. Ruggles, etc.
EL DIABLO SE DIVIERTE, por Loretta Young y Victor Jory, etc.
LA NOCHE DEL PECADO, por E. Vilches, Medea de Novara, etc.
PEGGY DE MI CORAZÓN, por Marion Davies, Oslow Stevens, etc.
ANA, LA DEL REMOLCADOR, por Wallace Beery, M. Dresler, etc.
LA ULTIMA NOVELA, por Carlota Susa, Felix Bressart, etc.
LA MUJER QUE HE CREADO, por Robert Montgomery, etc.
LOUISIANA, por Jean Parker, Robert Young etc.
CARNE, por Wallace Beery, Karen Morley, etc.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Últimos éxitos publicados:

UNA NOCHE EN EL CAIRO

por Ramón Novarro,
Myrna Loy, etc.

ROSA DE MEDIANOCHE

por Loretta Young, Ricardo Cortez, Franchot Tone, etc.

EL REY DE LA PLATA

por Edward G. Robinson,
Bebé Daniels, etc.

SOBRE EL CIEN

por Florencia Belsy, Carlos Llamazares, etc.

Las sorpresas del coche-cama

por Florelle Claude,
Dauphin, etc.

SOL EN LA NIEVE

por Ana Tur, Angeles
Cantero, etc.

MADRES DE BASTIDORES

por Alice Brady, Maureen
O'Sullivan, etc.

PARECE QUE FUÉ AYER

por Margaret Sullavan,
John Boles, etc.

La portera de la Fábrica

por Germaine Dermoz,
Jacques Grétiliat, etc.

Granaderos del amor

por Raúl Roulien, Conchita Montenegro, etc.

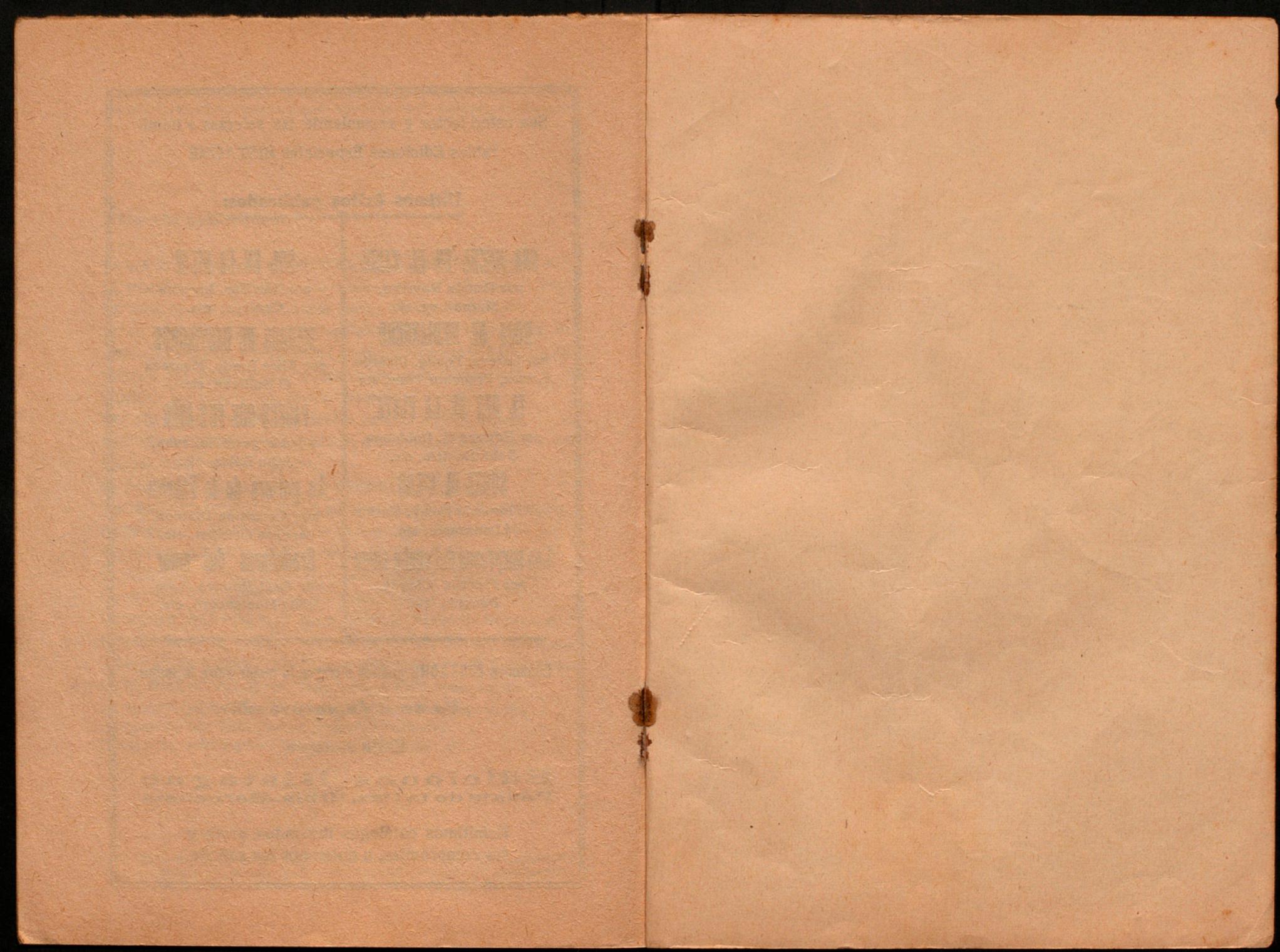
Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis..Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y
sin compromiso, a quien nos los solicite.



E. B.

Precio: **50 céntimos**